

LEER ES MI CUENTO 68

PALABRA ÚLTIMA



Autor

NICOLÁS BUENAVENTURA

Ilustraciones

VALENTINA TORO



Las historias aquí contadas surgieron en las arrugas del tiempo, se nutren de los relatos ancestrales, de leyendas y mitos, de sueños y pesadillas, narran nuestro pasado, mundos que pudieron ser o que serán, en un tiempo que no es lineal. «Son historias que comienzan donde comienzan y que a menudo no terminan...».

PALABRA ÚLTIMA

© Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes de Colombia
© 2024, Nicolás Buenaventura, por los textos
© 2024, Valentina Toro, por las ilustraciones

MINISTERIO DE LAS CULTURAS,
LAS ARTES Y LOS SABERES DE
COLOMBIA

Yannai Kadamani Fonrodona
Ministra
Adriana Martínez-Villalba
Directora
Biblioteca Nacional de Colombia

Lina Isabel Castaño Cárdenas
Coordinadora del Grupo del Libro,
la Lectura y la Literatura

Ana María Reyes Hernández
Asesora del Grupo del Libro,
la Lectura y la Literatura

Diego Pérez Medina
Líder de Proyectos Editoriales
Biblioteca Nacional de Colombia

EQUIPO EDITORIAL

Beatriz Helena Robledo
Selección y asesoría editorial

Valentina Toro
Ilustradora
Diana López de Mesa O.
Editora

Camila Cardeñosa Echeverri
Diseño y dirección de arte

Alejandro Villate Uribe
Corrector

Impreso en Colombia
Junio de 2025, Imprenta Nacional
de Colombia

ISBN (impreso): 978-628-7666-53-5
ISBN (digital): 978-628-7666-54-2

Material de distribución gratuita.
Los derechos de esta edición, incluyendo
las ilustraciones, corresponden al
Ministerio de las Culturas, las Artes
y los Saberes de Colombia; el permiso
para su reproducción física o digital
debe ser solicitado al Grupo del Libro,
la Lectura y la Literatura, de la Biblioteca
Nacional de Colombia, al correo:
GrupodelLibrolaLecturaylaLiteratura@
bibliotecanacional.gov.co



PALABRA ÚLTIMA

Autor

NICOLÁS BUENAVENTURA

Ilustraciones

VALENTINA TORO



...
PLAN NACIONAL DE
LECTURA, ESCRITURA,
ORALIDAD Y BIBLIOTECAS



Buenaventura, Nicolás, autor

Palabra última / autor, Nicolás Buenaventura ; ilustraciones, Valentina Toro ; editora, Diana López de Mesa O. ; diseño y dirección de arte, Camila Cardeñosa Echeverri. -- Colombia : Biblioteca Nacional de Colombia : Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes, 2025.

48 páginas. -- (Plan Nacional de Lectura y Escritura Leer es mi Cuento / Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes ; 68)

Incluye datos biográficos del autor e ilustradora.

ISBN 978-628-7666-53-5 (impreso) -- ISBN 978-628-7666-54-2
(digital)

1. Literatura popular - Colombia 2. Mitología indígena - Colombia
3. Libros ilustrados para niños I. Toro, Valentina, ilustradora II. López de Mesa Oses, Diana, editora III. Cardeñosa Echeverri, Camila

CDD: 398.209861 ed. 23

CO-BoBN- all44514



EN LAS ARRUGAS DEL TIEMPO 9

LA TRADICIÓN 12

LATEJEDORA 16

POR QUÉ 18

HIJOS DE LA MUERTE MUERTA 20

EL PEQUEÑO FIN Y EL GRAN FIN 24

EL HOMBRE QUE CUENTA 26

DIOSES 30

ARROZ 32

LA PREGUNTA 34

EL FIN 38

LOS QUE PERDIERON LA CABEZA 42





EN LAS ARRUGAS DEL TIEMPO

Era 1999, muchas voces repetían que el mundo terminaría con el siglo. Recibí una llamada telefónica de un joven, Alejandro. Me dijo que había visto *Mitos de creación. Opus 7, sonata en catorce movimientos* y me preguntó por qué no hacía un espectáculo que contara el fin del mundo. Yo había escrito un cuento, «El fin», que no alcanzó a formar parte del montaje de *Mitos de creación*, y la idea de Alejandro le daba una nueva oportunidad. Con César López, Antonio Arnedo, Meyby Ríos, Gladis Angulo y Alejandro armamos el proyecto, que incluía un viaje al Amazonas colombiano para escuchar relatos, canciones, melodías. Con el auspicio del Instituto Distrital de Cultura y Turismo de Bogotá nos lanzamos a la aventura de crear esta *Palabra última*.

El resultado fue un espectáculo más musical que los anteriores, difícilmente imaginable a partir de los solos relatos: la palabra era un puente entre dos composiciones. Con el tiempo, los cuentos adquirieron autonomía, caminaron y llegaron aquí, para formar este libro.

La experiencia en el Amazonas fue desconcertante. No me encontré con ningún relato que hablara del fin del mundo, pero asistí al fin de varios mundos. Una noche, en una comunidad indígena llamada San Francisco, nos invitaron a un «bautizo», era el nombre que se le había dado a la ceremonia, aunque no la conducía ningún cura, ningún pastor. Nos dio mucha alegría: imaginamos que asistiríamos a una ceremonia tradicional y nos preparamos para la ocasión.



Llegamos a la choza, saludamos y, de repente, nos aturdió una explosión de música electrónica de sintetizador proveniente de dos inmensas torres de sonido que estaban conectadas a una planta de gasolina. Antonio y yo salimos espantados. Aquello era contrario a lo que habíamos imaginado. Esa noche no dormimos, el volumen era tal que sentíamos las vibraciones de los bajos retumbando en el pecho, como si la caja torácica se nos fuera a desprender. Habiendo pedido una imagen del fin del mundo, podíamos darnos por bien servidos.

Otro día, navegando río abajo, a seis horas en peque-peque de Puerto Nariño, llegamos a una aldea... Déjenme contarles qué es el peque-peque: se trata de una canoa que tiene un motor con un brazo muy largo y al final una hélice. Es un medio de transporte muy práctico para cargas pesadas y para navegar cuando los ríos están secos; consume poco combustible, pero, eso sí, hace un ruido infernal. Posiblemente el nombre sea una onomatopeya del ruido del motor: *peque-peque-peque-peque...* En El Río (así lo llaman allá, como si fuese el único, y hasta tienen razón: no hay en el mundo otro río como ese), las distancias se miden con base en los distintos tipos de motor: en horas *peque-peque* y en horas *fuera-de-borda*, entre otras... Decía que llegamos a una aldea en la que nos encontramos con un grupo de hombres que trabajaban en la construcción de una carretera, después de un largo silencio frente a nuestras preguntas, terminaron diciéndonos, con tristeza, que no tenían cuentos. Habían olvidado su lengua, sus historias, sus canciones y melodías. Habían olvidado la pesca, el cultivo y el cuidado de la chagra.

El último viejo había muerto hacía un tiempo. Creían recordar que pertenecían a la cultura cocama, pero ni siquiera de eso estaban seguros.

Nuestro viaje fue corto y se limitó a unos pocos encuentros. La imagen del fin del mundo que Antonio y yo vivimos solo comprende ciertos lugares muy específicos. Aun así lo recuerdo como un viaje al Macondo de la epidemia del insomnio. Entendí por qué era importante contar el fin del mundo.

Algunos de los relatos que forman esta *Palabra última* están inspirados en figuras y relatos míticos de tradiciones milenarias. Algunos, como «El hombre que cuenta» y «La tejedora», son casi ideogramas leídos en las arrugas del tiempo: hay una historia persa que habla de un hombre que cuenta sentado frente al mar. Hay una cantidad de culturas que hablan de la tejedora (o el tejedor) del mundo. He oído decir, y lo creo, que los kogi tejen el mundo. La historia de «Los que perdieron la cabeza» está inspirada en un cuento-canción del Amazonas. Del cuento «La tradición» hay muchas versiones en muchas tradiciones.

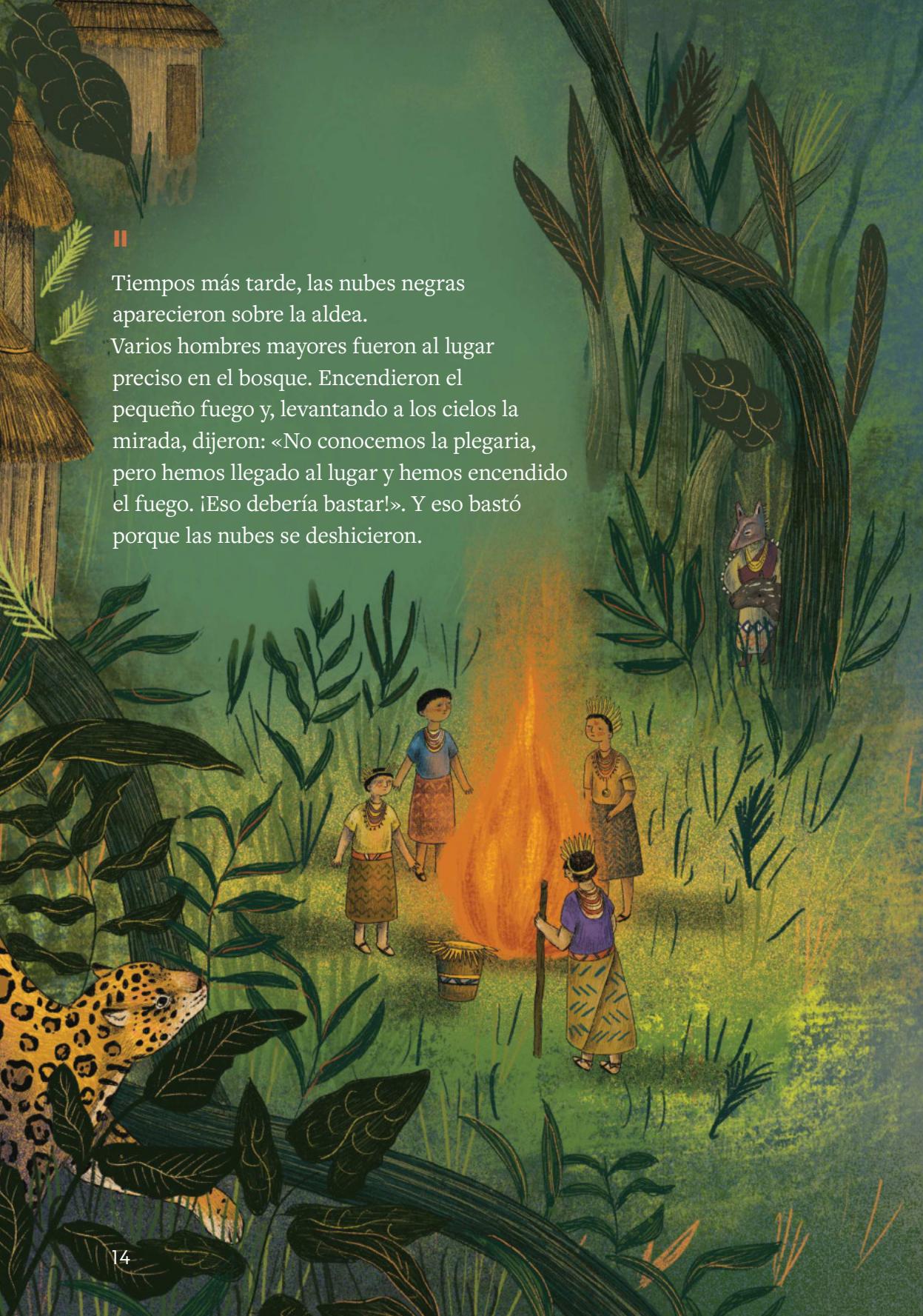
Para los otros relatos no tengo orígenes precisos, pero seguramente los hay: todos tienen su historia madre y su relato padre. Pero tal vez: ... *las historias comienzan donde comienzan y a menudo no terminan...* *Lo importante son las voces que las transportan, la palabra que las deforma, que las hace vivir, los corazones que las acogen y los oídos que las escuchan...*

Nicolás Buenaventura

LA TRADICIÓN



Cada vez que aparecía en el cielo
la nube negra de la tormenta,
un grupo de caminantes se reunía en
un lugar preciso en el bosque.
Juntos encendían un pequeño fuego
y levantaban a los cielos una hermosa
plegaria. La amenaza desaparecía y
las nubes se dispersaban.



II

Tiempos más tarde, las nubes negras aparecieron sobre la aldea. Varios hombres mayores fueron al lugar preciso en el bosque. Encendieron el pequeño fuego y, levantando a los cielos la mirada, dijeron: «No conocemos la plegaria, pero hemos llegado al lugar y hemos encendido el fuego. ¡Eso debería bastar!». Y eso bastó porque las nubes se deshicieron.

III

Años después, las nubes negras gravitaron sobre el pueblo. Algunas mujeres, algunos hombres, pocos, fueron al lugar preciso en el bosque. Mirándose los unos a los otros dijeron: «No conocemos la plegaria y no sabemos encender el fuego, pero hemos llegado al lugar. ¡Ojalá sea suficiente!». Y fue suficiente porque las sombras desaparecieron.

IV

Recientemente las nubes negras oscurecieron el cielo sobre la ciudad. En una plaza, una joven se tomó la cabeza y dijo: «No conozco la plegaria, no sé encender el fuego y he olvidado cómo se llega al lugar... ¡Pero conozco la historia! Tal vez sirva». La prueba de que la historia sirvió es que todavía las sombras no han devorado el mundo.

LA TEJEDORA

Sis Sas, la tejedora que teje el mundo, está muy vieja. Ella teje: el árbol con el pájaro, el pájaro con el viento, el viento con la tierra, la tierra con el hombre, el hombre con la mujer, la mujer con el hijo, el hijo con la mujer, la mujer con el hombre, el hombre con la tierra, la tierra con el viento, el viento con el pájaro, el pájaro con el árbol... Ella teje, todo el día teje.

Los tejidos de Sis Sas son frágiles pero vitales, y todo el tiempo se rompen. Ella tiene que estar remendándolos. Cada vez que se rompen, se hacen más frágiles y más delicados, cada vez el hilo es más fino y cada vez es más difícil tejerlo.

Sis Sas está muy vieja y muy sola, quiere conseguir un novio y tener hijos que sigan tejiendo el mundo.

Pero Sis Sas está fea; ha perdido los dientes, tiene la cara llena de verrugas, le resulta difícil conseguir novio; además, los hilos están comenzando a romperse más rápido de lo que Sis Sas puede tejer.

Trabaja tanto tejiendo el mundo y tanto trabajo le damos que no le queda tiempo para conseguir novio.

Si Sis Sas no consigue compañía, se va a morir y no hay quien pueda reemplazarla en su labor de tejer el mundo.



POR QUÉ

Los ministros estaban contentos. Habían logrado esgrimir pruebas suficientes y necesarias de la existencia de los dioses y las diosas. El pueblo y los soberanos se hallaban satisfechos.

Sin embargo, en medio de tantas certezas, una pregunta sencilla, solo en apariencia —como son las cosas cuando son verdaderamente complejas— germinó, comenzó a crecer y a propagarse, como mala yerba. ¿Por qué aquellas divinidades todopoderosas, perfectas, invencibles, absolutas, infinitas y eternas habían creado a la mujer, al hombre; seres tan frágiles, tan inconclusos, tan desprovistos, tan imperfectos, tan comunes, tan poca cosa?

¿Por qué?

¿Por qué?

¿Por qué?

La respuesta tardó en llegar, pero cuando lo hizo satisfizo la curiosidad, espantó las dudas y alegró los espíritus: diosas y dioses crearon a la mujer, al hombre, porque sencillamente les gusta que les cuenten historias.

HIJOS DE LA MUERTE MUERTA

Antes no había enfermedad, teníamos nuestra muerte. No siempre era alegre, a veces era desdentada y horaña, a veces era hedionda y sucia, pero era la nuestra.

Los mayores nos enseñaban a morir desde el nacimiento, ellos nos enseñaron que todo lo que vive merece morir.

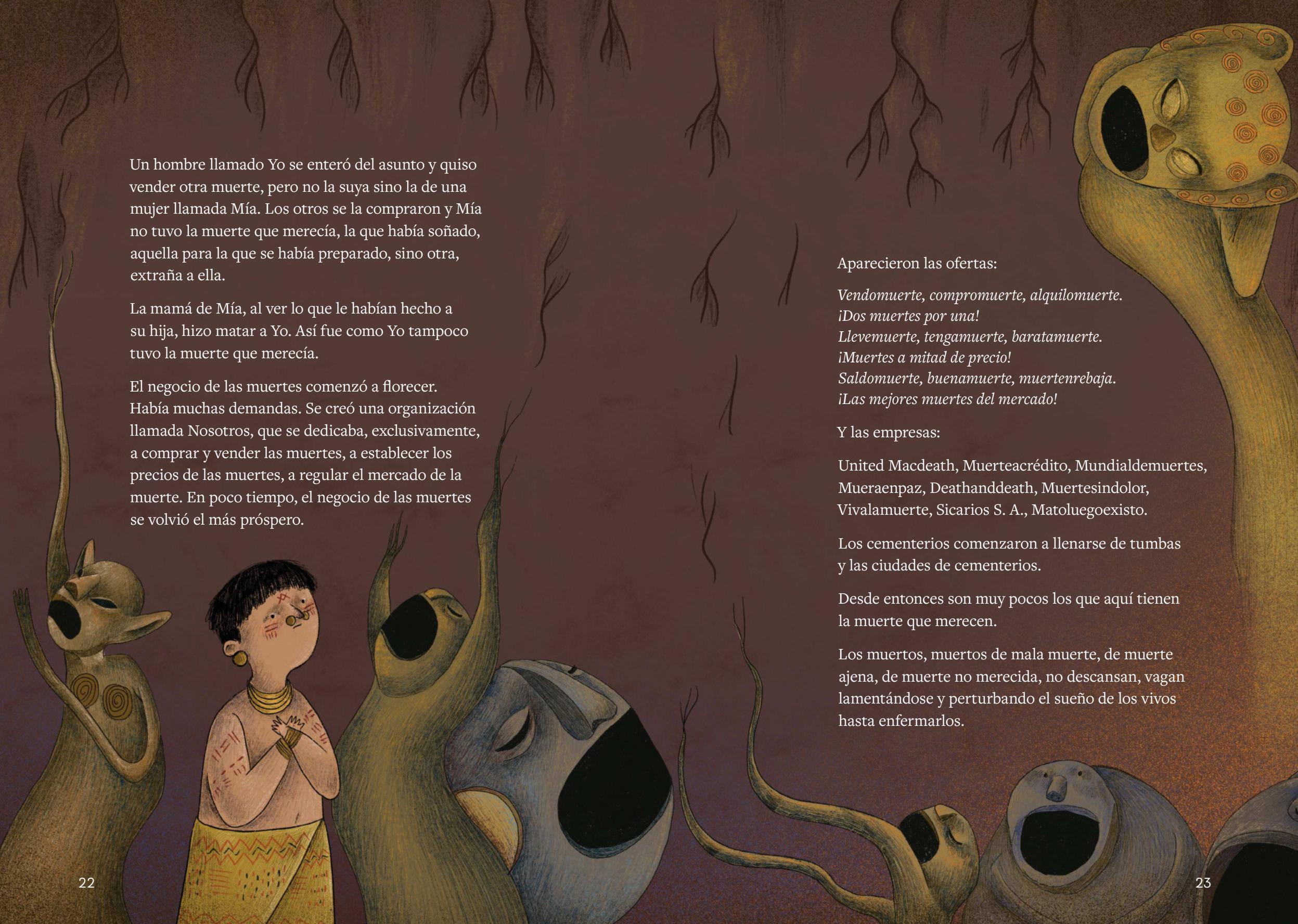
A medida que iba creciendo, cada uno se preparaba para su muerte, la que había soñado, aquella que había previsto, la que había elegido. Nunca se sabía cuándo iba a llegar, pero si uno se preparaba como era debido, podía tener la muerte que merecía.



En el tiempo seco, las llamas devoraron la casa y la cosecha de un hombre llamado Él. A Él nadie lo ayudó, lo dejaron solo, y Él vio a su familia sufrir de hambre y de sed.

Sin tener dónde dormir y hallándose reducido a la miseria y la soledad, Él fue y negoció con otros lo único que le quedaba: su muerte.

Los otros le dieron una miseria por su pobre muerte y, llegado el momento, lo mataron como ellos quisieron y no como Él merecía.



Un hombre llamado Yo se enteró del asunto y quiso vender otra muerte, pero no la suya sino la de una mujer llamada Mía. Los otros se la compraron y Mía no tuvo la muerte que merecía, la que había soñado, aquella para la que se había preparado, sino otra, extraña a ella.

La mamá de Mía, al ver lo que le habían hecho a su hija, hizo matar a Yo. Así fue como Yo tampoco tuvo la muerte que merecía.

El negocio de las muertes comenzó a florecer. Había muchas demandas. Se creó una organización llamada Nosotros, que se dedicaba, exclusivamente, a comprar y vender las muertes, a establecer los precios de las muertes, a regular el mercado de la muerte. En poco tiempo, el negocio de las muertes se volvió el más próspero.

Aparecieron las ofertas:

Vendomuerte, compromuerte, alquilomuerte.

¡Dos muertes por una!

Llevemuerte, tengamuerte, baratamuerte.

¡Muertes a mitad de precio!

Saldomuerte, buenamuerte, muertenrebaja.

¡Las mejores muertes del mercado!

Y las empresas:

United Macdeath, Muerteacrédito, Mundialdemuertes, Mueraenpaz, Deathanddeath, Muertesindolor, Vivalamuerte, Sicarios S. A., Matoluegoexistó.

Los cementerios comenzaron a llenarse de tumbas y las ciudades de cementerios.

Desde entonces son muy pocos los que aquí tienen la muerte que merecen.

Los muertos, muertos de mala muerte, de muerte ajena, de muerte no merecida, no descansan, vagan lamentándose y perturbando el sueño de los vivos hasta enfermarlos.

EL PEQUEÑO FIN Y EL GRAN FIN

Los dioses crearon al Pequeño Fin, el fin cotidiano.
Tiene cara de vieja y cuerpo de gigante.
Tiene la facultad de asustar a todo el mundo,
menos a las niñas que saben ser niñas, a los niños, niños.
Nunca anuncia cuándo va a llegar.
Se alimenta de todo lo que está vivo.
Es el Pequeño Fin, el fin cotidiano, de todos los días.
Tiene muchas piernas y se mueve itan rápido!
Tiene muchos brazos y es capaz de abarcar muchos
seres al mismo tiempo.
No se puede quedar quieto. Si lo hace, la rueda
del mundo dejaría de girar.
Siempre tiene hambre.

A veces come demasiado, de una sola vez, y ocurren
los desastres y las grandes guerras. Las pestes y las
grandes enfermedades.

Algunas mujeres y algunos hombres, no todos, han
aprendido a vivir con Pequeño Fin, a pesar del miedo,
a pesar de la tristeza. Otros han decidido no resignarse
y le han declarado la guerra a ese Pequeño Fin, que
los separa y les da tantas penas y trabajos. Desde
siempre han soñado con el fin de Pequeño Fin. Pero
también, de la misma manera y en la misma medida, se
han dedicado a adorarlo, a adularlo, y han tratado de
domesticarlo. Allá arriba, la materia también trabaja,
está imaginando el Gran Fin y espera tenerlo listo
pronto, por si un día los hombres y las mujeres logran
derrotar al Pequeño Fin.

El Gran Fin es una boca negra donde cabe todo lo
que se mueve. Donde terminan y desaparecen todas
las cosas.

EL HOMBRE QUE CUENTA



Allá, donde la tierra termina, hay un hombre sentado frente al mar.

El hombre habla. Le cuenta al mar el origen del mundo, el nacimiento de las aguas, la aparición de la tierra y el crecimiento de las montañas.

Le dice el nombre de cada árbol, de cada pájaro, de cada pez.

Le cuenta la historia de la primera mujer y del primer hombre. La historia del primer amor.

La historia del primer nacimiento y aquella de la primera muerte.

Todo se lo cuenta. Y cuando no puede contar otra cosa, cuenta que está contando. Y si no puede contar que está contando, inventa otros orígenes, otros mundos, cuenta cuentos nunca oídos, cuentos que nunca más se volverán a escuchar.

No se calla. Siempre hay algo que contar.



El viento y las olas acompañan sus relatos. El río le da de beber. Los pájaros, los peces, los cangrejos y los caracoles lo alimentan.

A fuerza de verlo ahí, sentado, hablando solo, sin que nadie le responda, algunos han terminado por creer que está loco y lo han abandonado. Otros le traen, de vez en cuando, una que otra historia. Y hay quienes lo acompañan y se sientan a escucharlo. A pesar de los primeros, con los segundos y para los terceros, el hombre sigue contando.

El mar es niño, un niño inquieto y fuerte que no deja de crecer. Las palabras del hombre lo calman, hacen que se hamaque en sus olas, que suba y baje en regulares mareas, que se arrulle con su murmullo constante.

Cuando el hombre se detiene a comer, a beber, a dormir, cuando se cansa de estar sentado y camina un poco, se desencadenan las tempestades, los huracanes, los tifones y las grandes marejadas. Se enfurecen las aguas del mundo y devoran los barcos y devoran los puertos.

Con sus palabras, con sus historias, el hombre calma al mar. Él no lo sabe. Si alguien le pregunta por qué cuenta, no sabrá responder. Solo sabe que debe contar, que nació para contar.

Si un día el hombre decide no hablar más, si sus palabras se agotan, si se le acaban las historias, si los hombres y las mujeres lo abandonan, si lo abandona el río, si lo abandonan los pájaros, los peces, los cangrejos y los caracoles, si el mar crece y se olvida de ser niño, si decide no escucharlo más, se desencadenará la fuerza contenida en los elementos, y el mundo que conocemos desaparecerá.

DIOSSES

Las mujeres y los hombres crearon al dios de la creación y este dios les dio origen.

Crearon al dios de la yuca y del plátano, al dios del arroz y al de la lluvia, y estos dioses les dieron trabajo y alimentos.

Las mujeres y los hombres crearon muchos dioses: el dios del amor, el dios de la guerra, el dios del deseo, el dios de las pequeñas cosas, el dios de lo desconocido, el dios de las palabras, el dios del infinito, el dios de los grandes sueños, el dios de los largos días, el dios del corto invierno, el dios de la pereza, el dios del orgullo... y cada dios, al ser creado, trajo bondades y alegrías, y uno que otro disgusto.

Pero ese deseo irrefrenable que tienen los hombres y las mujeres de crear y crear dioses los llevó a inventar otros dioses menos amables: el dios de la envidia, el dios del castigo, el dios de la ausencia, el dios de la desigualdad. Pequeños dioses que nacieron enfermos...

Las mujeres y los hombres comenzaron a adorarlos en secreto y a renegar de ellos en público.

Estos dioses enfermos comenzaron a tener sed, a tener hambre y a exigir, pero nada podía colmar sus apetitos desmedidos, y como las mujeres y los hombres no pudieron satisfacerlos, se vengaron y juntos crearon al dios de la destrucción.



ARROZ



Hay demonios que nadie puede vencer. Ni la más aguerrida de las guerreras ni la combatiente más persistente.

Demonios que nada puede vencer. Ni la astucia más perversa ni la más iluminada de las audacias.

Son demonios capaces de seguirnos por todos los caminos. Adonde vamos, van. Adonde llegamos, llegan.

Algunos estaban antes y seguirán después. Otros nacieron con nosotras. Y los hay recientes, nacidos en este andar, que no hacen más que crecer.

Algunos son demonios madrugones, que la despiertan a una antes de la salida del sol y la mantienen en vilo. Otros son demonios trasnochadores, que espantan el sueño.

Les ocurre dormirse y a veces hibernar, y puede una olvidarlos y por momentos vivir su vida. Pero tarde o temprano se despiertan. Hacen de todo una tragedia. Lo hunden todo en tinieblas donde ninguna llama alcanza la luz. Solo quedan, entonces, dos alternativas: la primera, bailar. Para calmarlos, para cambiarles la cara de monstruos, para amansarlos, y la segunda, hacer arroz. Porque está visto que a todos los demonios, aun a los más tenaces, los ablanda el arroz.



LA PREGUNTA

Para crear este mundo, Universo hizo una pregunta misteriosa, una pregunta secreta.

La Pregunta caminó mucho tiempo, sola, sobre la tierra árida y bajo el sol inclemente. Se estaba secando la Pregunta, hasta que por fin llegó a un lago y se metió en él.

Allá, en el agua, la Pregunta se sintió bien y quedó encinta. Poco tiempo después nació Orejas. Pregunta se entusiasmó y dio nacimiento a Ojos. Luego siguieron Nariz y Lengua y, por último, el menor: Dedos.



Inmediatamente, Orejas se dedicó a crear sonidos y silencios de distintas alturas, densidades y duraciones.

Ojos se sentía inútil; para encontrarle sentido a su existencia, dio a luz a los colores, las formas, los volúmenes... todo lo visible y lo invisible.

Nariz y Lengua se amaron y dieron nacimiento y vida a los olores y los sabores.

Y Dedos era tan perezoso que no hizo nada, se dedicó a tocarlo todo.

Así fue hecho el mundo, y se llenó de sonidos, de formas, de colores, de volúmenes, de olores, de sabores y texturas.

Cuando todo estuvo creado, Dedos, Nariz y Lengua, Ojos y Orejas se aburrían sin saber qué hacer.



No había nada nuevo que cada uno pudiera hacer solo,
por su lado.

Decidieron jugar juntos y crearon a Pensamiento.

Pensamiento creció y comenzó a deshacer y a volver a
hacer, una y mil veces, de una y mil maneras el mundo.

Pensamiento es un hijo necio que no se detiene ante
nada, todo lo quiere, lo más grande, lo más chico,
lo visible y lo invisible, lo real, lo falso, lo fantástico...
Todo.

Nada lo sacia.

No tiene estómago sino abismo.

Es capaz de comerse todo lo que existe y
seguir con hambre.

Pregunta, su abuela, lo vio crecer tan orgulloso
y engreído que decidió asustarlo. Pensamiento salió
corriendo apenas vio a su abuela Pregunta, que se le
apareció con dientes grandes y amarillos.

Pensamiento anduvo triste.

Durante varios días se le vio delirando y divagando.
Preguntándose por todo y por nada. Por cada cosa y
todas las cosas. Y sobre todo por esa mujer, secreta y
misteriosa, de dientes amarillos, que lo había asustado.

Desde entonces, Pensamiento anda buscando a
su abuela Pregunta, para responderla. Cuando
Pensamiento descubra y responda a su abuela
Pregunta, dormirá con ella. Un hijo les nacerá. Un
engendro devorador que se lo tragará todo: la luz, el
tiempo, el espacio, los colores, los olores, los sonidos,
las texturas, todo... Y Universo volverá a ser como
al principio: sordo, ciego, mudo, insensible...

EL FIN

Jamás hubo principio.
La vida no empezó nunca porque siempre
estuvo allí, latiendo, palpitando.
Antes del tiempo, antes del espacio.
No había silencio, todo era armonía constante y eterna.
No había quietud, todo era continuidad y movimiento.
No había preguntas, no había respuestas.
No había búsquedas ni hallazgos.
El envejecimiento y el desgaste no existían.
No había historias porque no había una vez.



II

Aquella armonía, aquel movimiento
tendían a la complejidad y a la velocidad.
La aceleración fue creando vértigos,
pequeños temores e intensos placeres.
Los entes existentes quisieron cada vez más
temores y placeres, más velocidad.
Las aceleraciones se fueron sumando, a toda
velocidad se le agregó más velocidad... Hasta que
de pronto todo se detuvo. Apareció el primer instante,
el primer momento, el primer fin, la primera muerte.

III

Con la primera muerte aparecieron las primeras preguntas.
Con las preguntas, las respuestas, y enseguida los hallazgos.
Cada hallazgo era una nueva muerte de la que nacían nuevas
búsquedas. Decidió entonces la vida ensayar preguntas cada vez
más fuertes, formas cada vez más resistentes. Intentó los
diminutos: las amebas, los protozoarios... que todavía sobreviven.
Intentó los fuertes: los dinosaurios, que desaparecieron misteriosamente.
Intentó los seres pensantes: nosotros, que todavía resistimos,
a pesar de nosotros mismos...

Pero en su larga lista, la madre vida tiene otras formas más hermosas,
más sensibles y complejas, menos peligrosas, para cuando nosotros
terminemos. Somos una respuesta, circunstancial y efímera.

Nuestro principio es una muerte. Somos el resultado de un fin.

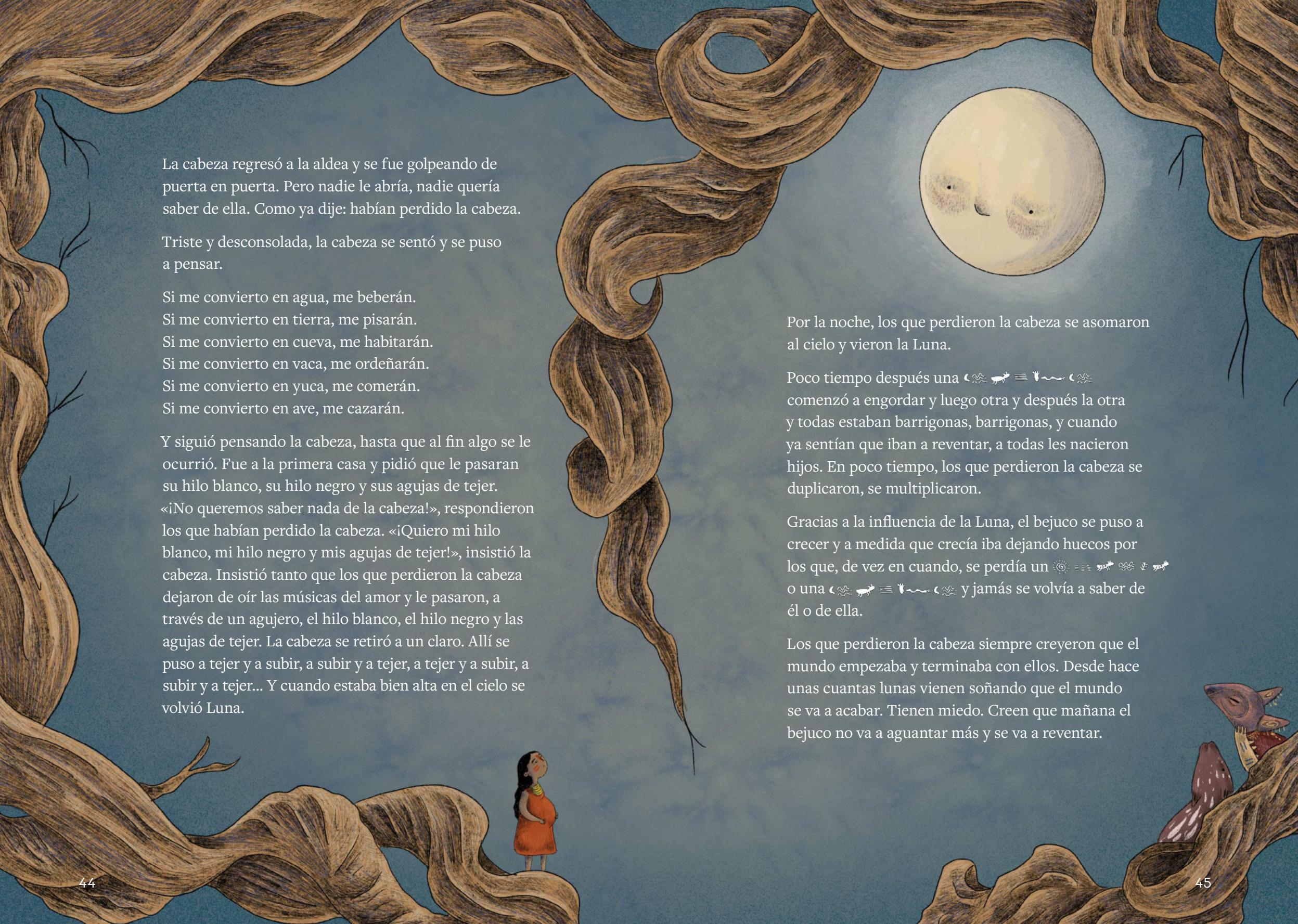
LOS QUE PERDIERON LA CABEZA

En la noche de los tiempos el mundo era pequeño y estaba formado por un bejucos grande, grande, que se enrollaba dando vueltas y más vueltas sobre sí mismo.

Había, sobre ese pequeño mundo, en ese enorme bejucos, algunos animales y en el cielo un sol que se encendía y era de día y se dormía y era de noche. Y había estrellas y nubes y nada más.

Una noche, el bejucos soñó y aparecieron los primeros seres, que eran femeninos y se llamaban las . Sí, así se llamaban y su nombre no se podía pronunciar. Luego aparecieron los segundos seres que eran masculinos y se llamaban los , así se llamaban y su nombre tampoco se podía pronunciar.

Las  y los  crecieron, y vivieron juntos mucho tiempo. Ellos pensaban, imaginaban, soñaban que se conocían, pero a decir verdad era poco lo que sabían los unos de los otros. Un día, una  perdió la cabeza por un . La cosa no duró mucho, pero fue suficiente. Ella fue y les contó a las demás lo que le había ocurrido. Un  las oyó y les contó a sus semejantes el acontecimiento. Por la noche, los sueños de todos se mezclaron y al día siguiente, sin ponerse de acuerdo, decidieron perder juntos la cabeza. Se fueron hasta los árboles que crecen a la orilla del río, le dijeron a la cabeza que se quedara abajo y recogiera las guayabas que iban a tumbar. Comenzaron a tumbar guayabas. La cabeza iba de un lado a otro recogiéndolas y haciendo montoncitos. Cada vez le tiraban las guayabas más y más lejos: allá, del otro lado de la trocha. Allá, detrás de los matorrales. Allá, al borde del río. Allá, en medio del caudal. Allá, en la otra orilla... Cuando vieron que la cabeza estaba bien lejos se bajaron y, a la carrera, se fueron a la aldea y se metieron en las casas, cerraron las puertas y pasaron las trancas. Estaban felices, habían perdido la cabeza. Se entregaron a la realización de sus sueños.



La cabeza regresó a la aldea y se fue golpeando de puerta en puerta. Pero nadie le abría, nadie quería saber de ella. Como ya dije: habían perdido la cabeza.

Triste y desconsolada, la cabeza se sentó y se puso a pensar.

Si me convierto en agua, me beberán.
Si me convierto en tierra, me pisarán.
Si me convierto en cueva, me habitará.
Si me convierto en vaca, me ordeñarán.
Si me convierto en yuca, me comerán.
Si me convierto en ave, me cazarán.

Y siguió pensando la cabeza, hasta que al fin algo se le ocurrió. Fue a la primera casa y pidió que le pasaran su hilo blanco, su hilo negro y sus agujas de tejer.

«¡No queremos saber nada de la cabeza!», respondieron los que habían perdido la cabeza. «¡Quiero mi hilo blanco, mi hilo negro y mis agujas de tejer!», insistió la cabeza. Insistió tanto que los que perdieron la cabeza dejaron de oír las músicas del amor y le pasaron, a través de un agujero, el hilo blanco, el hilo negro y las agujas de tejer. La cabeza se retiró a un claro. Allí se puso a tejer y a subir, a subir y a tejer, a tejer y a subir, a subir y a tejer... Y cuando estaba bien alta en el cielo se volvió Luna.

Por la noche, los que perdieron la cabeza se asomaron al cielo y vieron la Luna.

Poco tiempo después una  comenzó a engordar y luego otra y después la otra y todas estaban barrigonas, barrigonas, y cuando ya sentían que iban a reventar, a todas les nacieron hijos. En poco tiempo, los que perdieron la cabeza se duplicaron, se multiplicaron.

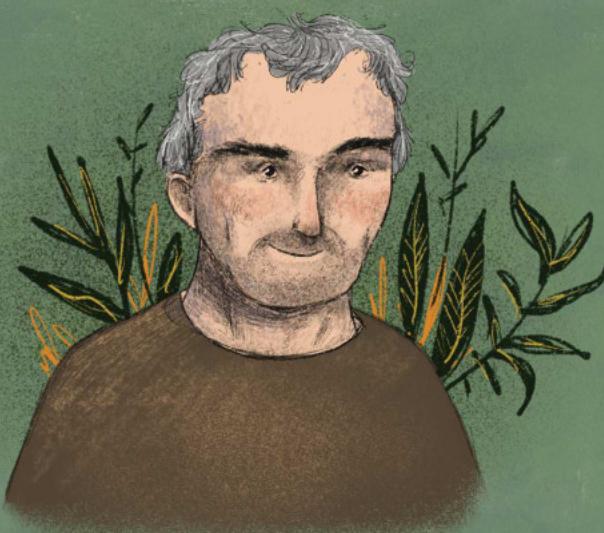
Gracias a la influencia de la Luna, el bejuco se puso a crecer y a medida que crecía iba dejando huecos por los que, de vez en cuando, se perdía un  o una  y jamás se volvía a saber de él o de ella.

Los que perdieron la cabeza siempre creyeron que el mundo empezaba y terminaba con ellos. Desde hace unas cuantas lunas vienen soñando que el mundo se va a acabar. Tienen miedo. Creen que mañana el bejuco no va a aguantar más y se va a reventar.

Autor**Nicolás Buenaventura**

(1962)

Es narrador, escritor, guionista y director de cine. Luego de un largo periodo de trabajo en el Teatro Experimental de Cali (TEC) se dedicó a la narración oral, lo que lo ha llevado a montar espectáculos en África, Europa y Latinoamérica. Ha participado en la redacción de más de una decena de largometrajes y series documentales para televisión, y ha sido premiado en varias ocasiones por sus guiones. Es licenciado en Arte Dramático de la Universidad del Valle. En 2008, dirigió el largometraje documental *Le charme des impossibilités* (*El encanto de las imposibilidades*). Se ha desempeñado como docente en el Instituto de Bellas Artes de Cali, en Princeton University de Nueva Jersey, en la Universidad del Valle, en la Universidad del Istmo y en el Liceo Francés de Madrid, entre otras instituciones.

**Ilustradora****Valentina Toro**

(1992)

Nació en Medellín. Dibuja, pinta y escribe desde que tiene memoria, por eso estudió Diseño Gráfico e hizo una maestría en Escritura Creativa. Es autora e ilustradora de muchos libros, entre ellos *Violeta y el pincel encantado* y *El pájaro de ébano*, con los que fue finalista del Little Hakka International Picture Book Competition en 2017; *Un perro* (2017); *Los niños imaginarios* (2017), y *Mi monstruo y yo* (2019).





Esta Palabra última no termina aquí, porque los mitos y las leyendas se nutren con la memoria de nuestros ancestros y ancestrales y con las voces del porvenir.

En este libro se utilizaron
las fuentes Orca Sans, creada por el estudio
colombiano BastardaType, y Freight Text Pro,
creada por el diseñador afroamericano Joshua Darden.

Se terminó de imprimir en los talleres de
la Imprenta Nacional de Colombia
en junio de 2025.

Conoce más sobre la serie:



LEER ES MI CUENTO 68



Este libro es
GRATUITO

Prohibida su
reproducción
y venta.

Este libro hunde sus raíces en una tierra de la que venimos, en una memoria que necesitamos viva. El autor lo leyó en las profundidades de las selvas colombianas, en las arrugas del tiempo. Los seres míticos que lo habitan, los misterios que guarda, los secretos que esconde nos invitan a caminarlo, a recorrerlo una y otra vez, a perdernos y encontrarnos en sus imágenes y sus palabras. Es palabra primera, es palabra última, es, también, un viaje que empieza en orígenes lejanos, en los que dialogábamos con tempestades, y llega a tiempos presentes, en los que perdemos la cabeza.



PLAN NACIONAL DE
LECTURA, ESCRITURA,
ORALIDAD Y BIBLIOTECAS



Biblioteca
Nacional de
Colombia

